
Ciudades, una ecuación imposible,
Mireia Belil, Jordi Borja y Marcelo Corti (eds.) 179
José Luis Fernández Casadevante

Desobediencia civil: historia y antología de un concepto, Antonio Lastra (ed.) 181
Pablo Javier Agudo Hernández, Jorge Hernández Alcelay y Jaime Jurado García

Cambiar de economía,
Los Economistas Aterrados 184
Lucía Vicent

Cómo detener el calentamiento global y cambiar el mundo,
Jonathan Neale 186
Salvador López Arnal

Libros

CIUDADES, UNA ECUACIÓN IMPOSIBLE

Mireia Belil, Jordi Borja y Marcelo Corti
(eds.)

Icaria, Barcelona, 2012

368 págs.

Un calidoscopio es un tubo cuyo interior contiene una serie de espejos, que nos permiten obtener visiones donde las imágenes y sus colores se multiplican de forma simétrica dando lugar a nuevas y originales miradas sobre la realidad. Gracias a estos objetos conseguimos obtener inéditos y cambiantes retratos, imágenes distorsionadas o fieles fragmentos de mundos ocultos que nos sorprenden.

Los artículos recopilados que conforman este libro actúan como los espejos de un calidoscopio que tratara de mirar al fenómeno urbano. Esta serie de miradas complementarias se agrupan de forma que al pasar las páginas es como si le diéramos vueltas al calidoscopio, haciendo que la complejidad de las ciudades estalle ante nuestros ojos y solo podamos capturarla una vez que hayamos agregado de forma coherente los distintos fragmentos que se nos ofrecen, dando lugar a una reflexión de conjunto.

La cuidada selección de artículos está firmada por un heterogéneo grupo de personas que va desde profesionales del urbanismo a académicos, pasando por investigadores profanos e incluso alguna activista de los movimientos sociales, cuyo mínimo común compartido es que casi todas estas reflexiones han formado parte de los Forums Universales de las Culturas, que agrupan periódicamente en distintas ciudades a personas de referencia sobre cuestiones urbanas. Una valiente apuesta donde conviven de forma natural las miradas de figuras conocidas del pensamiento crítico con otras voces más desconocidas. Este singular caleidoscopio enfoca cuatro grandes bloques de pensamiento que condensan las principales tensiones y con-

tradiciones de las actuales dinámicas urbanas, los conflictos abiertos y los procesos de resistencia.

El impacto de las políticas neoliberales en la ciudad es el título del primer bloque de contenidos, donde confluyen seis textos que tratan de evidenciar el protagonismo de las ciudades y de sus procesos de construcción a partir del sector inmobiliario en las economías modernas, así como los impactos negativos que se han generado en forma de concentración de pobreza, hiperespecialización productiva y degradación ambiental. Entre el conjunto de textos que abordan la estrecha relación entre dinámicas socioeconómicas y urbanísticas destacaría el elaborado por José Manuel Naredo sobre la historia del modelo inmobiliario español y sus consecuencias, el único que incorpora una reflexión sobre las variables ecológicas y la insostenibilidad estructural del actual modelo. Otro que merece una mención especial sería el realizado por Ada Colau sobre el derecho a la vivienda, donde se narra y contextualiza la lucha de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, con sugerentes referencias a exitosas luchas internacionales contra los desahucios e innovadoras políticas municipales de vivienda. Este primer apartado es el más extenso y se completa con otras reflexiones teóricas sobre las ciudades en el contexto de crisis socioeconómica, la relación de dependencia entre el modelo de desarrollo español y el sector inmobiliario o las consecuencias sociourbanísticas de las políticas neoliberales en Santiago de Chile.

El segundo bloque agrupa una serie de aportaciones, la mayoría breves, cuyo eje de conexión es la reflexión sobre *el proyecto del espacio público*. Tom Angotti plantea como las estrategias de movilidad sostenible y dinamización del espacio público de Nueva York se reduce a las zonas centrales de Manhattan, encubriendo dinámicas de sustitución de clases populares por personas y negocios elitistas, así como implicando el abandono de las aceras (los espacios más estimulantes de la ciudad) y de los barrios periféricos donde se agolpará el tra-

Libros

fico motorizado. F. Ascher realiza una sugerente reflexión sobre la alteridad como factor esencial de la ciudad, la capacidad de potencializar simultáneamente el juntarse con los semejantes y el encuentro con los diferentes, criticando la hiperespecialización funcional de las zonas urbanas al erosionar la ancestral capacidad de encontrar en la ciudad aquello que no andabas buscando. G. Silvestri reflexiona sobre los cambios en la arquitectura mediante la comparación de dos torres de oficinas en Buenos Aires separadas por 40 años de distancia, así como unas agudas reflexiones sobre Masdar la "ciudad ecológica" que se construye en el desierto de Abu Dabi. J. Cohen desarrolla una reflexión sobre el proceso de deliberación abierto por Sarkozy para la reorganización del Gran París. Un proceso donde se pasó de un panel de expertos compuesto por grandes firmas de la arquitectura (Nouvel, Herzog, Koolhaas...) a un proceso más abierto donde se invitó a estudios de arquitectura y laboratorios universitarios, de forma que se superara la desconexión de la arquitectura con las ciencias sociales y se fomentara el diálogo expertos/ciudadanía. Una provocadora reflexión sobre la complejidad de la democracia urbana y la participación ciudadana que termina preguntándose: *¿Quién se atrevería a decir hoy en día que la Torre Eiffel es ilegítima porque se construyó sin consultar previamente a unos vecinos que se oponían?*

El tercer bloque tiene un mantra muy explicativo por título: *Seguridad, seguridad, seguridad...* Una de las nuevas obsesiones en los entornos urbanos de todo el planeta que se aborda desde miradas complementarias a lo largo de cuatro artículos. El de F. Carrión analiza el incremento de la violencia urbana en América Latina, donde se ha duplicado el número de homicidios en 20 años, las implicaciones socioeconómicas que este hecho conlleva (mercantilización de la seguridad, inflación o desvío de recursos públicos que podrían destinarse a gasto social) y la escasez de políticas de prevención sobre las causas del delito. El de Gemma Galdón muestra la pérdida de toleran-

cia hacia la diferencia que se está dando en las ciudades mediante fórmulas como la videovigilancia o las normativas cívicas que criminalizan usos desviados del espacio público (prostitutas, mendicidad, usos juveniles como beber en la calle o patinar, venta ambulante, creencias religiosas). Una erosión del espacio público que deja de ser compartido entre extraños para convertirse en objeto de miedo y sospecha permanente. Lucia Darmmet realiza un autocrítico balance de las políticas de descentralización local de las políticas de seguridad en América Latina, viendo como sin capacidad legal y financiera muchas de estas innovadoras propuestas derivaron en el actual *populismo punitivo*. El endurecimiento de penas guiado por la alarma social mediáticamente inducida, junto al aumento efectivo de la violencia conducen a la desconfianza ciudadana, el abandono del espacio público y el retraimiento hacia lo privado ya sea en forma de centros comerciales o barrios cerrados. Evidenciando que las buenas intenciones no valen y es necesario redefinir el papel de lo local y las políticas públicas de seguridad en clave no electoralistas. Por último, un breve texto en clave más filosófico-literaria de M. Marcus describe la proliferación de miedos y muros de diversos tamaños y materiales, visibles e invisibles, en ciudades de todo el planeta. Llegando a la paradoja que describe sobre el Estado brasileño de San Pablo, donde los cabecillas del grupo criminal Primer Comando de la Capital imponen sus dinámicas en la ciudad desde la prisión donde están encerrados; su poder es tal que obligan a los políticos a ir a la prisión a negociar. Desesperanza en la democracia urbana ante la pérdida de legitimidad de autoridades que impotentes se preguntan: *¿Qué se puede prometer como sanción a alguien que está en prisión?*

El cuarto bloque de contenidos se denomina *Ciudad democrática y urbanización especulativa*, y como sucede en los fuegos artificiales se suelen guardar los mejores cohetes para la traca final. Este apartado se abre con unas reflexiones de Jordi Borja que analiza las actua-

les *dinámicas urbanicidas* (degeneración de la arquitectura, dualización social, dependencia, exceso de instituciones y déficit de gobierno, exclusión, políticas del miedo, degradación de servicios públicos) y las respuestas ciudadanas que tratan de reinventar la ciudad en un contexto claramente desfavorable (revalorizar la cultura urbana, reivindicación del espacio público y de la compacidad, desarrollo de economías alternativas, patrones de movilidad sostenible y conciencia ecológica...). El libro se cierra con un texto del popular geógrafo norteamericano David Harvey, que desarrolla la relación histórica entre las políticas urbanas y las crisis del capitalismo, enfatizando el papel que deben jugar las luchas ciudadanas en el futuro. Ambos autores coinciden en cerrar sus aportaciones reactualizando la idea del derecho a la ciudad, que popularizara Lefebvre en los años setenta, como una fórmula inclusiva que incorpora derechos urbanos (vivienda, espacio público, equipamientos, centralidad, movilidad) junto a derechos culturales, socioeconómicos o políticos, que condicionan o hacen reales los anteriores (lenguaje, identidad, formación, empleo, igualdad jurídica). *El derecho a la ciudad parte del principio de que este conjunto de derechos forman un todo: si no se tienen todos a la vez, incluso aquellos que se consiguieron dejan de ser reales. La vivienda sin movilidad, o sin empleo, o sin conocimiento de la lengua y la cultura del lugar, no permite ejercer como ciudadano.*

Un libro cuya virtud es una aproximación plural y diversa al fenómeno urbano, pero cuya ambiciosa propuesta adolece de algunos defectos como la dispersión geográfica de autores y referencias cuya coherencia no es perceptible, así como desequilibrios en el formato de los textos y entre los distintos bloques de contenido. Destacando también la ausencia significativa de algún texto que se interrogara sobre la dimensión ambiental de la crisis urbana en escenarios de clara incertidumbre (cambio climático, Pico del Petróleo, fuertes dependencias de los metabolismos urbanos, hiperes-

pecialización productiva). Obviar esta vulnerabilidad de las ciudades resulta llamativo, cuando se trata de una de las variables llamadas a ser estratégicas para resolver esa ecuación imposible en términos de sostenibilidad y justicia social.

José Luis Fernández Casadevante
es miembro de Garua S. Coop. Mad.

DESOBEDIENCIA CIVIL: HISTORIA Y ANTOLOGÍA DE UN CONCEPTO

[Antonio Lastra \(ed.\)](#)

Tecnos, Madrid, 2012

308 págs.

Los únicos procedimientos de que puede valerse un pueblo para protegerse a sí mismo contra la tiranía de gobernantes que cuenten con fuerzas modernas de policía son los procedimientos no violentos, como la no cooperación en masa y la desobediencia civil.

Aldous Huxley

La pregunta es vieja. ¿Qué hacer cuando vivimos en una sociedad cuyas leyes atentan contra los mismos fines por las que fueron creadas? ¿Cómo actuar entonces, cuando, lejos de preservar la justicia, la libertad y, en definitiva, la felicidad de los individuos de una comunidad, el sistema de normas que hemos creado no hace sino degradarlas y poner las cosas más difíciles?

Obedecer, sublevarse, acatar la Ley, tomar las armas, resistir, rebelarse. Nos vienen a la mente imágenes de manifestaciones, encierros, actos públicos, marchas, pancartas y boicots. No hay una respuesta clara. Esta cuestión no podría ser más oportuna en estos días. ¿Qué hacer cuando el dinero que ganamos con nuestro trabajo se destina quizás a salvar bancos, cuando hay personas mayores que no pueden

Libros

apenas sobrevivir con una ínfima cantidad de dinero después de haber trabajado toda su vida o cuando se invierte más en gastos militares que en educación, cultura o sanidad? Puede que Huxley tuviese razón y la única manera de proceder sea la desobediencia civil. Pero, ¿qué es la desobediencia civil? El profesor de filosofía Antonio Lastra ha puesto a punto un meditado y útil compendio de escritos de varios autores, desde Sócrates hasta Gandhi o Martin Luther King, que nos acerca al significado del término y su evolución a lo largo de la historia.

Empecemos por el comienzo. Sócrates decidió obedecer la Ley en lo que tal vez pueda considerarse el primer acto de desobediencia civil de la historia. Sabemos que fue condenado a muerte en un juicio democrático donde fue acusado de impiedad, ateísmo y de corromper a la juventud ateniense. Es bien sabido que Sócrates se mostraba crítico con el movimiento sofístico y con la crisis de la *polis* y de la democracia, y que creía que los políticos cada vez actuaban más de acuerdo con sus pasiones que con la razón. No le habría sido difícil escapar de su condena; conocía a muchas personas situadas en importantes cargos políticos e incluso sus amigos habían preparado su huida, pero aun así, y sabiéndose inocente, decidió morir. Se mantuvo fiel a sus ideales hasta la última de sus consecuencias. Si pensar de la forma en que lo hacía suponía ser condenado a morir, él aceptaba su castigo. Amaba y respetaba las leyes de su comunidad y, como hombre de justicia, obedecerlas era su deber. Infringirlas en tal trance habría supuesto traicionarse a sí mismo y haber dado la razón a quienes le acusaban de no acatar el orden de la *polis*.

¿Crees que han sido los hombres creados para el Estado o el Estado para los hombres? Se le atribuye a Jesús de Nazaret haber dicho que la Ley fue creada para el hombre, no el hombre para la Ley. Pero, si es así, ¿por qué la inventamos? ¿Cuál es el sentido del Estado? ¿Hacernos más libres, protegernos, buscarla verdad, progresar...? Simplemente, hacernos más felices, pensó uno de los padres de la

Ilustración alemana, G. E. Lessing. Para él, el Estado constituye una herramienta en manos del ser humano, cuyo objetivo no es otro que la consecución de una mayor felicidad. Un medio: pero no es tan fácil. Resulta evidente que muy a menudo las leyes no sólo no cumplen su cometido sino que favorecen precisamente el contrario. Muchas veces se nos ocurre que podríamos ser más felices sin todo ese conjunto de normas, directrices y códigos que nos vemos obligados a cumplir. Cabría pensar, por ejemplo, que las familias expulsadas de sus casas por no poder pagar un dinero que simplemente les resulta imposible conseguir, seguramente serían más felices sin haber nacido en esta sociedad. Pero quizás, como dice el proverbio, «quien quiere fuego, debe tragar humo». Los Estados no son infalibles, nos advierte Lessing. Es difícil concebir creaciones perfectas; el ser humano desde luego no lo es. Por el hecho de serlo tiene defectos. Pero entonces ¿hasta qué punto tiene sentido tragar humo para conseguir fuego? ¿Es peor el remedio o la enfermedad? En vistas a conseguir una mayor felicidad, ¿es la creación del Estado la mejor opción? Hay quienes piensan que aun siendo imperfecta, sí, la creación de un Estado es la solución. Otros, como Lessing, ni siquiera consideran que pueda existir una enfermedad, siempre que los hombres sepan autogobernarse.

No es el único. Es también el caso de Ralph Waldo Emerson, célebre escritor trascendentalista estadounidense del siglo XIX, quien pensó que el ser humano sería más feliz si se despojase de todas las complicaciones y complejidades que entraña la vida social y que no le pertenecen por naturaleza. La vida en comunidad, sea del tipo que sea, dirige al individuo hacia un sistema de valores, normas, tradiciones o pautas que, al entrar en conflicto con su voluntad, no hacen más que generarle sufrimiento. De esta forma, si el Estado no es más que un impedimento para que los hombres puedan llegar a ser felices, su creación resulta completamente absurda. ¿Por qué íbamos a crear algo que sólo nos perjudica?

«El mejor gobierno es el que menos gobierna». Es más: «el mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto». Así de claro se mostró H. D. Thoreau, discípulo y amigo de Emerson. Cualquier legislación resta libertad al individuo, lo cual hace que sea menos feliz. Si el Gobierno es una herramienta de los seres humanos, ¿por qué no elegimos emplearla sólo cuando sea conveniente? Thoreau sugirió que las mismas objeciones que se han presentado contra el ejército permanente podrían formularse contra una forma de gobierno permanente. Consideró que, desde su creación, el sistema político estadounidense se fue degradando, de forma que en vez de servir a los ciudadanos, acabó sirviéndose a sí mismo. ¿Debemos obedecer ciegamente las leyes que dicta el Gobierno, aun cuando creamos que están en contra de nuestros principios? ¿Por qué entonces tenemos conciencia? «Creo que deberíamos ser primero hombres y después súbditos. No es conveniente cultivar más el respeto a la ley que a lo justo». Pero entonces, ¿cómo ser un buen ciudadano dentro del Estado sin dejar de ser un buen hombre? Pues no llegando a reconocer lo más mínimo dicho Estado como *mi* gobierno, no participar de un gobierno que somete al ciudadano y que le niega su libertad. En definitiva, resistirme. Se le atribuye generalmente a Thoreau la conceptualización del término *desobediencia civil*. Thoreau estaba en contra de que el dinero que recaudaba el Gobierno se destinase a sufragar la guerra contra México, de modo que se negó a colaborar con el gobierno y dejó de pagar impuestos, motivo por el que acabó encarcelado. Si cada hombre hiciese más caso a su conciencia que a la Ley, acabaría por estar el Gobierno a merced de cada ciudadano y no al revés.

Liev Tólstói dijo que vivir en contradicción con la razón propia es el estado moral más intolerable. Es deber de todo hombre honesto ayudar al prójimo e ir en contra del Estado, siempre que éste sea tiránico y sólo mire por sus intereses. Las ideas del escritor ruso fueron una referencia central para hombres como Mahatma Gandhi o Martin Luther King.

John Rawls fue profesor de filosofía política en Estados Unidos. En su *Teoría de la justicia* definía la desobediencia civil como un acto público, no violento, consciente y político, contrario a la Ley, que se hace normalmente con el objetivo de lograr un cambio en la política del Gobierno. Según concibe John Rawls esta forma de resistencia, quien la ejerce sí reconoce la autoridad del Gobierno, aunque de hecho decida infringir la ley. Quien reacciona a través de la desobediencia civil sabe que su actuación conlleva un castigo, pero no busca eludirlo. Sabe que, como dijo Thoreau, bajo un Gobierno que encarcele a alguien injustamente, el sitio adecuado para una persona justa es también la cárcel. Sin duda, algo muy parecido debió de pensar Sócrates cuando bebió la cicuta. Quizás no sólo sea legítimo, sino también un deber desobedecer las leyes cuando estas se tornan contra nosotros. Si no sirven, en definitiva, para hacernos más fácil la vida, ¿qué, dentro de nosotros, nos obliga a obedecerlas? ¿Sólo el miedo al castigo? Entonces, como dijo Einstein, «si la gente es buena sólo porque temen al castigo y porque esperan una recompensa, entonces verdaderamente somos un grupo lastimoso».

Parece inevitable que vivamos en sociedad. Somos por naturaleza animales de la *polis*. Aristóteles creyó que el Estado era anterior al individuo, que era el hombre para la Ley. Aunque los individuos nazcan y mueran, el sistema de la polis permanece a lo largo del tiempo invariablemente. Es evidente que el Estado es muchas veces un impedimento para garantizar nuestra felicidad, por desgracia, mucho más a menudo de lo que nos gustaría. Pero toda creación humana es necesariamente imperfecta. Aun así, suponer que la supresión de cualquier forma de poder pueda ser la mejor opción, como creía Thoreau, quizá sea ir demasiado lejos. Cabría esperar entonces que Hobbes estuviese equivocado en su concepción del estado natural del ser humano. No sería justo dejar de lado todo lo bueno que supone la creación de un código de leyes o normas que puedan regir nuestra vida en comunidad. A fin de cuentas, todo depende de

Libros

cada uno, de hasta qué punto esté dispuesto a tragar humo para conseguir fuego. En cualquier caso, no debemos olvidar nunca que el Estado, de una forma u otra, es una creación humana, y que en nosotros reside el derecho a adecuarlo a nuestras necesidades.

«Para cuantos conocen la historia, la desobediencia es la virtud original del hombre. Mediante la desobediencia se ha realizado el progreso; con la desobediencia y la rebelión».

Oscar Wilde

*Pablo Javier Agudo Hernández,
Jorge Hernández Alcelay
y Jaime Jurado García*
(Facultad de Filosofía y Letras de la UAM)

CAMBIAR DE ECONOMÍA

Los Economistas Aterrados

Los Libros de la Catarata/
FUHEM Ecosocial, Madrid, 2012

288 págs.

La urgencia de un cambio en la economía se ha presentado inminente con el desenlace de la crisis económica, al igual que ha ocurrido con la necesidad de reorientar las políticas desplegadas para su gestión. Bajo esta idea central se articula la propuesta analítica y propositiva de un grupo de economistas franceses que se definen “aterrados” ante las tendencias económicas que, desde hace más de tres décadas, están marcadas por un carácter neoliberal y que alarmantemente se intensifican en la actualidad.

A través de una minuciosa explicación del funcionamiento económico y de las distintas facetas, con las cuales la economía mantiene su interdependencia, el libro nos sitúa en una posición privilegiada para la comprensión multidimensional de la crisis actual y de los desequili-

brios europeos que están poniendo en jaque la continuidad del proyecto comunitario. El libro aboga de manera clara por un análisis alternativo al que ofrecen los medios y los principales foros de discusión y que son reconocidos por su simplismo y determinismo interesado a la hora de diagnosticar las causas y consecuencias de la recesión y proponer los caminos de salida.

Uno de los retos del libro era lógicamente su circunscripción al caso francés, una limitación que la traducción de Francisco Javier Gutiérrez y Luis Fernando Lobejón ha superado abiertamente, manteniendo las alusiones comunes y representativas que el caso galo nos brinda, dejando de lado especificidades que fruto del origen de los autores se contradicen con las que ocurren en otros lugares. Se ha logrado integrar plenamente la obra al contexto y, salvo algunas alusiones que nos lo impiden, la obra refleja fielmente la controvertida situación que presenta el caso español.

Más de una veintena de autores participan en la elaboración de los diez artículos que articulan el libro: Henri Sterdyniak, Philippe Quirion, Dominique Philon o Federic Lordon, etc., entre otros. Todos ellos comparten su experiencia y una amplia formación en los temas tratados, reconociéndose en ellos el viraje académico que detentan en los distintos planos de análisis que se recogen. Esta subdivisión por capítulos –junto a la introducción estructura el contenido que da forma al diagnóstico de la realidad a la que nos enfrentamos; y frente a la cual, se plantean propuestas que son recopiladas y enumeradas esquemáticamente al final de cada uno ellos. Según avanzamos en su lectura, confirmamos que se trata de una obra que resulta indispensable para comprender los entresijos de una crisis que, como la actual, requiere un acercamiento a nuevos enfoques y diagnósticos que nos promulguen medidas capaces de modificar la deriva actual.

Desde el comienzo, los temas en los que se embarca el libro albergan tal enjundia que se hace difícil la posibilidad de obtener una explicación sencilla de lo que ocurre a nuestro alre-

dedor y que, sin embargo, parece conseguirse a lo largo de sus páginas. En los primeros dos capítulos, se da cuenta de la evolución y requerimientos del sistema capitalista con el paso del tiempo y nos adentran en el carácter y lógicas que lo rigen, entre las que no siempre han impedido relaciones de poder unidireccionales y tan claramente beneficiosas para algunos. En el segundo de ellos, se contextualiza la conformación de la Unión Europea; los autores desgranar las medidas que, en el plano comunitario, se han sucedido y nos guían hacia la comprensión de los efectos e impactos que el traspaso de responsabilidades ha originado en la mayoría social. Los ajustes y la austeridad son los distintivos de la política económica actual, si acaso, efectiva para corregir los desajustes a corto plazo mientras que, indudablemente frenan el crecimiento y se confirman inútiles para revertir la situación.

Estamos inmersos en una crisis de carácter sistémico y multidimensional: a pesar de que se aluda únicamente a la rama económica, la crisis es también ecológica, energética y climática. El capítulo tres recoge esta idea y es capaz de sintetizar la relación que en algunos sentidos guardan entre sí la diversidad de ámbitos que se encuentran en una situación crítica. El foco de la argumentación pone de relieve cómo, gracias a las políticas neoliberales –que en el campo económico se aplican– se han intensificado los problemas en otras facetas que se han visto comprometidas a pesar de mantener desempeños temporales que distan mucho unos de otros y que no debemos obviar.

Seguidamente, el libro nos muestra efectos distintivos que, los tipos de gravámenes impositivos, pueden tener en la sociedad y su relación, tanto con las vías de su recaudación como con su destino (a través del gasto público). La progresividad que permite un tipo de impuesto directo y que no es aplicable en otros, puede servir de instrumento cuyo fin sea corregir y apostar por una reducción de las desigualdades. Claro está, si el propósito hubiera sido ese y no los que han regido la política fiscal en muchos

países europeos, como se pone de relieve a lo largo del libro. La comprensión de la política fiscal y su potencialidad –junto con el desempeño del gasto público– son expuestos en los siguientes dos capítulos de una manera sumamente coordinada en la que se desmitifican los argumentos y falacias en perjuicio de las cuentas públicas que se enuncian para dismantelar cada vez más el papel estatal.

El hilo conductor que sigue nos conduce al capítulo seis, el cual sitúa el problema, tantas veces repetido, de la financiarización. Un proceso que ha modificado las estructuras y el funcionamiento productivo de las empresas, así como su gobernanza y las condiciones distributivas del valor generado por la empresa. La financiarización es el detonante de muchos cambios; ha traído consigo una reconfiguración de los mercados y de las relaciones de poder que, difícilmente podrían entenderse y comprenderse sin las pertinentes aclaraciones sobre los vínculos que se explicitan en este apartado.

El máximo impacto que sufren directamente las sociedades –fruto de la gestión de la crisis– es a través de los efectos que las medidas desplegadas en el territorio europeo han ocasionado en los mercados de trabajo y los nuevos retos que en este sentido plantean. Los capítulos siete y ocho enlazan con los anteriores a través de un nexo analítico que abre nuevos frentes sobre las responsabilidades distribuidas en relación al pago de la recesión. Es decir, se contempla la posibilidad de que recaiga sobre los verdaderos responsables el peso de la crisis, al comprender que el mercado de trabajo –y con ello los trabajadores– han sido el mayor frente damnificado de esta crisis y no sus causantes. Todas las decisiones tomadas que han marcado el rumbo de la deriva europea impactan frontalmente con las condiciones de vida de los hogares; unas condiciones que logran alcanzar gracias a los ingresos y a las condiciones que adquieren en el mercado de trabajo. Los análisis económicos convencionales parcelan el tema central del trabajo en sus estudios: lo sitúan de manera independiente y completamente desvin-

Libros

culada al resto de los mercados como si no tuviera interacción alguna con ellos, y haciéndonos pensar que el desempleo depende únicamente de las condiciones de oferta y demanda nacionales que buscan igualarse. El interés que incentiva esta clase de análisis se justifica ampliamente con los argumentos que bien se detallan en estos dos capítulos (siete y ocho) del libro. Sin olvidarnos tampoco –y los autores no lo hacen– de que los problemas laborales no son solo en términos de desempleo, es decir, cuantitativamente hablando; sino que también los déficits en la calidad del empleo son una cuestión preocupante que requiere nuestra atención.

Los últimos dos capítulos desmenuzan la otra cara de la moneda: los grandes beneficiados gracias al empoderamiento del poder financiero en la toma de decisiones. Retomamos la financiarización en el capítulo nueve pero en este caso desde una perspectiva histórica, a través de la cual, se relata la evolución de las funciones asumidas por el sistema bancario y las necesidades a las que respondía en el pasado. El desvío de recursos de la esfera productiva a las finanzas no siempre ha primado entre los objetivos de las entidades financieras y de la banca. Este fin, que rige sus movimientos, influye en el sistema bancario haciéndolo cada vez más dependiente de la financiación de operaciones especulativas y de los mayores riesgos adoptados por una rentabilidad superior exigida. De tal manera, que el sistema se ha ido desligando progresivamente de su función crediticia originaria que otorgaba recursos y le era funcional a hogares y empresas. Esta ruptura, al confluir con claros déficits de regulación bancaria, provoca unos efectos graves y genera mayores vulnerabilidades en los sistemas financieros; aspectos que recogen con claridad los dos últimos capítulos del libro y donde, además, se precisa la exigencia de medidas –que deberían impulsarse desde el ámbito europeo– dirigidas hacia una suficiente regulación que dificultase el resquebrajamiento del sistema financiero.

Por último, no me gustaría terminar sin señalar uno de los aspectos más trascendentes que derivan de la lectura de estas páginas y es que el libro no sólo apunta con precisión a los problemas fundamentales que la crisis ha evidenciado –y que deberían resolverse cuanto antes–, además, nos dota de un amplio espectro de propuestas alternativas muy concretas para hacerlo. De ahí, que sea una lectura obligada para quienes piensan que no hay una salida diferente a la crisis; por supuesto que existe, y esta pasa por una mayor equidad y justicia distributiva para el conjunto de la sociedad.

Lucía Vicent, Fuhem Ecosocial

CÓMO DETENER EL CALENTAMIENTO GLOBAL Y CAMBIAR EL MUNDO

Jonathan Neale

El Viejo Topo

Barcelona, 2012

364 págs.

Dieciocho capítulos componen *Cómo detener el calentamiento global y cambiar el mundo* [CDCGCM]. Están agrupados en cinco secciones: 1. Las dimensiones del problema; 2. Soluciones que ya darían resultado; 3. Por qué los ricos y los poderosos no emprenderán ninguna acción; 4. Política climática; 5. Futuros alternativos. Los agradecimientos, la introducción y unas notas que deben merecer nuestra atención completan el ensayo.

El título no engaña: ayudar a detener el cambio climático y a cambiar las estructuras e instituciones que mueven y dirigen nuestro mundo, y que tan remisas se muestran a obrar con urgencia en este vértice nuclear para todos, es el objetivo del libro de Jonathan Neale [JN].

La causa fundamental del calentamiento global es el dióxido de carbono procedente de la

combustión de gas, petróleo y carbón [GPC]. Para estabilizar el CO₂ a niveles seguros, señala JN, es necesario reducir la combustión de GPC al menos en un 80% por persona y, a más tardar, en el curso de estos próximos 30 años. La solución –también aquí hay alternativas–, documentadamente defendida por JN a lo largo de estas 350 páginas: cubrir el planeta de turbinas eólicas e instalaciones de energía solar. Antonio Ruiz de Elvira ha defendido entre nosotros consideraciones similares.

No basta con lo anterior: hay que reducir el uso de energía. Como las edificaciones, el transporte y la industria con los mayores consumidores energéticos, las soluciones más efectivas para conseguir esa reducción pasan por instalar aislamiento térmico en las viviendas, apagar aires acondicionados, regular la industria y reemplazar automóviles por trenes y autobuses públicos. No es poca ni simple la tarea, pero es necesaria.

El dinero no falta, sostiene JN. El mundo invierte un billón de dólares anuales, probablemente más, en armamentos y gastos militares. Hay suficientes personas en el mundo para cubrir los trabajos necesarios para este enorme proyecto de transformación económica y social. Para el autor, en contra de todas las apariencias y lugares comunes, no «se requiere realizar sacrificios para detener el calentamiento global». Por el contrario, señala, debemos combatir a fondo, y al mismo tiempo, la pobreza global.

¿Cuál es la principal dificultad a la que nos enfrentamos para conseguir ese objetivo posible, necesario y urgente? La insistencia, defendida *urbi et orbe*, de que no se puede ofrecer resistencia al mercado, la idea dominante del sistema capitalista y sus ropajes neoliberales, el arma más poderosa con la que cuentan ricos y poderosos. ¿Por qué? La respuesta de JN es nítida e interesante: si los gobiernos intervienen con éxito a favor del clima en una escala global, y el proyecto es posible, los humanos de todas las rincones del mundo serán capaces de formular la gran pregunta, el interrogante básico: si podemos hacer eso por el aire, ¿por qué no

podemos hacerlo por los hospitales, las escuelas, nuestras pensiones y por tantas otras cosas esenciales? Parece razonable el razonamiento del autor. Ricos, poderosos y corporaciones –las acciones encaminadas a detener el cambio climático implicarían su desaparición en algunos casos: Wal-Mart, Exxon Móvil, Shell, British, Toyota, Conoco Phillips, serían ejemplos de ello– no quieren que nos formulemos ese tipo de cuestiones. Si no actuamos pronto, el poder del mercado y de las corporaciones convertirá los desastres climáticos en catástrofes humanas. Los desastres climáticos en Nueva Orleans, Darfur, Bangladesh y en muchos otros lugares son signos claros de un futuro que ya está aquí. Contamos con las tecnologías necesarias para poder actuar pero ricos y poderosos no pueden o no quieren actuar. Hay mucho en juego, nos advierte el autor.

«Las dimensiones del problema» se explicitan en la primera parte de esta obra y son la base del desarrollo posterior. Un breve resumen para entrar en materia podría ser el siguiente:

Las consecuencias del cambio climático abrupto o lento serían la elevación del nivel de los océanos, el incremento de las temperaturas y la veloz modificación de las ecologías. Además, el clima se tornaría mucho más inestable. No es posible calcular el número de víctimas que pueden producirse, no con exactitud; muy probablemente, cientos de millones. Un número mayor de habitantes del planeta se vería reducido a una condición “animal”, por lo que presenciaria y haría o tendría que hacer para sobrevivir.

Son las emisiones de dos gases del efecto invernadero las causas fundamentales del calentamiento global: el dióxido de carbono (CO₂), que no abunda en el atmósfera, y el metano. De los dos, el primero es el más importante. En toda la historia conocida del planeta cuando más dióxido ha habido en el aire más alta ha sido la temperatura.

Son 2,1 partes por millón las moléculas de dióxido de carbono que agregamos a la atmósfera anualmente; permanecen en ella entre 100

Libros

y 200 años. Desde que nuestra especie empezó a quemar gas natural, carbón y petróleo en grandes cantidades, el dióxido ha pasado de 280 a 385 partes por millón, el mismo nivel de incremento experimentado por la Tierra en el paso de las edades de hielo a los períodos cálidos. El CO₂ es responsable del 70% del calentamiento producido por la actividad humana (frente al 13% del metano).

No es nueva la situación. Fue a finales de la década de 1990 cuando las comunidades científicas ya sabían que el cambio climático abrupto era un fenómeno común y global, y habían logrado componer un cuadro razonablemente certero del cambio abrupto en el pasado. La situación actualmente puede resumirse así: hay 100 partes de CO₂ por millón más en la atmósfera que en los períodos cálidos previos. No sabemos con exactitud cuándo pasaremos a otro período estable con temperaturas mayores. La Tierra alcanzará, en un determinado momento, tras la subida de la temperatura, un nuevo equilibrio pero mucho más cálido y, como se apuntó, la vida humana seguirá siendo posible pero será mucho más difícil y bastante distinta de la actual.

La segunda parte del libro está dedicada a las «Soluciones que ya darían resultado». Sus planteamientos básicos: 1. Disponemos de la tecnología necesaria para detener el calentamiento global; de existir la voluntad política, se podría instalar con rapidez en todo el planeta. 2. La instalación de esta tecnología exige una intervención pública a escala mundial que incluya obras públicas, grandes inversiones y regulaciones normativas. 3. Las soluciones de mercado no resolverán el problema, están lastradas por la búsqueda incesante de beneficios. 4. Las soluciones no exigen inevitablemente sacrificios entre la gente común.

La quinta consideración del autor, vale la pena detenerse en ella, señala que «las opciones personales de consumo no pueden resolver el problema» (p. 66). Estas soluciones nos instan a examinar nuestra «huella de carbono», a reducir en la medida que nos es posible las emi-

siones de las que somos directamente responsables: dejar de viajar en avión, usar la bicicleta, consumir alimentos producidos en localidades cercanas, etc. Para JN, la fortaleza de estas opciones es que constituyen un excelente testimonio pero las estrategias que tienen como base presentan varias debilidades. Las dos señaladas en su libro: 1. La mayoría de las opciones personales solamente tienen sentido para los ciudadanos más ricos de los países enriquecidos; 2. Estas opciones pueden persuadir a algunos de dejar de hacer ciertas cosas, pero «solo una gran inversión gubernamental puede hacer posible que la mayoría de las personas adopte estas opciones» (p. 66).

El capítulo 5 de esta segunda parte —«Electricidad limpia»— desarrolla una excelente aproximación, que afortunadamente no obvia detalles técnicos, a la energía eólica, la solar, la solar concentrada y lo que el autor llama otras soluciones realistas: la energía de las mareas y la de las olas, si bien, señala: «ambas tecnologías son prometedoras, aunque en la actualidad son mucho más costosas que los combustibles de carbono» (p. 89). JN, que a lo largo del ensayo se muestra firmemente partidario del realismo político e insiste cuantas veces ve necesario en la descripción detallada de programas concretos de intervención, diferenciando como es razonable países y situaciones, recuerda que el «verdadero ahorro de emisiones debido a la adopción de la electricidad solo comienza a producirse cuando un 90% o más de la red se alimenta de energía limpia» (p. 135), una energía que permite resolver el problema con rapidez y, además, con sencillez. En su opinión, «con la adecuada voluntad política, las turbinas eólicas, la energía solar y el resto de las fuentes podrían abastecer al planeta en un plazo de cinco años». Otra de las causas que hacen que este tipo de energía sea tan importante.

El capítulo 9 está dedicado a las soluciones que no son soluciones, las que no darán resultado. Entre ellas, los biocombustibles, el hidrógeno, la captura y almacenamiento de carbono, el pico del petróleo y el despeñadero del gas, las

represas y la energía nuclear. Estas soluciones son las que «inquietan menos a los poderosos establecidos y que, por tanto, sería más fácil promover» (p. 154). Pero la realidad es terca y, además de otras consideraciones, estas “soluciones” no son aplicables en el plazo del que disponemos.

La tercera parte toca uno de los nudos nucleares de todo este entramado: «Por qué los ricos y los poderosos no emprenderán ninguna acción». En mi opinión, no es el mejor compás del ensayo. El lector/a informado puede saltarse el primer capítulo, dedicado al “neoliberalismo”, pero incluso aquí hay pasajes de interés sobre las debilidades de la izquierda, la batalla de las ideas, el papel de las mentiras en la lucha política y las grandes debilidades del neoliberalismo.

«El poder de las corporaciones» es tema del siguiente capítulo, con especial atención a las nuevas corporaciones de energía solar y eólica. Gran parte de este apartado está dedicado a la irrupción, desarrollo y declive de los “todoterrenos”. Un poco excesivo en su desarrollo pero la historia contada, excelente en su ritmo e información, ilustra muchos vértices del funcionamiento alocado de la civilización del capital y el mal.

¿Cuáles son entonces las razones principales por las que los ricos y poderosos se sienten reacios a emprender acciones para detener el cambio climático sabiendo como saben que también la partida va con ellos? Básicamente, la ideología del neoliberalismo y el poder de las corporaciones del carbono. Ninguna de ellas, señala el autor, tiene que ver con el sistema capitalista mismo. Teóricamente es así, podría ser así, pero hay otros dos aspectos del sistema que dificultan la acción, añade el autor, para detener el cambio climático: la competencia global y el crecimiento incesante. Con una diferencia básica: ambos son componentes constantes, centrales, no marginales, de la dinámica del sistema.

«La política climática» es el título de la cuarta parte. Una aproximación crítica a Kioto es tema del primer capítulo.

«Soluciones personales y de mercado» es el título del siguiente capítulo. JN advierte con razones muy atendibles sobre el énfasis puesto en los cambios de los estilos de vida personales. Esos cambios son parte de la única respuesta al calentamiento global que promueven los políticos y las corporaciones. Sus otras soluciones son las típicas de mercado: impuestos verdes, fijación de límites e intercambio de carbono, racionamiento del carbono y compensaciones por sus emisiones. Sostiene JN que estos mecanismos de mercado no darán resultado y en cierto sentido dificultan aún más la adopción de soluciones realmente efectivas.

«Futuros alternativos» es el título de la última sección de CDCGCM. Son dos capítulos importantes. En el primero, se describe el impacto del cambio climático en nuestro planeta si no se abordan las medidas necesarias. Nueva Orleans y Darfur son los desastres explicados con detalle. Estamos aquí ante algunos de los mejores pasajes de este magnífico libro. Ciencia, información histórica, tensión moral, excelente análisis político, se combinan consistentemente en beneficio del lector/a. El autor se crece.

¿Qué mundo nos aguarda? Si no actuamos, un mundo de refugiados, de hambrunas, guerras, muerte y sufrimiento. Apuntar razonadamente que «Otro mundo es posible» también aquí es tema del capítulo que cierra el ensayo. Una de sus tesis más relevantes: «La solución a la apatía climática no es una dosis mayor de miedo. Es convencer a las personas comunes y corrientes de que pueden influir sobre la marcha del mundo» (p. 332). Para quienes creen, como cree el autor (y también el firmante de esta nota), que son necesarios grandes cambios, eso significa establecer alianzas políticas con todos los que piensan que «no es posible lograr cambios fundamentales en el mundo, pero aún así quieren seriamente hacer algo».

JN señala que los humanos somos animales de un nuevo tipo. La cuestión nuclear: en qué queremos convertirnos. El calentamiento global pone a la orden del día y de la hora, torna

Libros

urgente y aguda esta disyuntiva. Para la inmensa y urgente tarea que tenemos delante, el autor piensa que es necesario movilizar a los seis mil millones de habitantes del planeta. Nadie sobra.

Esta afirmación, y algunas aproximaciones poco equilibradas a países que formaron parte de lo que se llamó “socialismo real”, una excesiva confianza en las diferencias de desarrollo y proyecto entre el llamado modelo americano y el europeo (pp. 36 y ss), una consideración aporriada sobre las bombillas de larga duración, el uso de expresiones como ultraizquierda para hablar de organizaciones radicales en sentido marxiano alejadas de cualquier ensoñación onírica o alocada en finalidades y procedimientos, algunos compromisos y predicciones temporales –a propósito de la energía limpia– por ejemplo de muy difícil fundamentación y cálculo, un uso excesivamente general y uniformador del concepto “políticos”, una aproximación vacilante y a veces excesivamente tradicional al concepto de austeridad, unas consideraciones muy generosas respecto a las políticas gubernamentales defendidas por el Partido Verde alemán en su momento, son algunas de las poquísimas discrepancias que cabe apuntar con las tesis y posiciones político-científicas del autor.

La creación de una nueva cultura, amiga de la Tierra y de nosotros mismos, una cultura que debemos empezar a practicar y generar, está entre las tareas urgentes e imprescindibles de nuestra hora.

Salvador López Arnal
es miembro del Centro de Estudios
de los Movimientos Sociales, UPF